

LA TORMENTA DE SEPTIEMBRE

TORPEMENTE avanza la Constitución por los vericuetos del Senado, retocada aquí y allá para que resulte algo más conservadora, mientras rayos y centellas caen en torno al Gobierno, y a los partidos políticos, y al régimen parlamentario; y se conjuran como se pueden, con debilidad disfrazada de firmeza, con retrocesos continuos. Se van recogiendo los frutos de la galbana de tantos meses, y ya años, para acometer las reformas, para muscular al régimen; fruto de pactos y componendas de políticos asténicos y miedosos, con la parsimonia del franquismo que les educó —hasta en las cárceles o en las clandestinidades donde a algunos les tuvo— y les metió en la médula. No querían saberlo, aunque se les dijera; no quieren saberlo aún: el tiempo no ha sido nunca suyo. El tiempo fue de Franco: para él, el ritmo lento, el dejar pasar, el no inmutarse, el no moverse, era un arma y fue una virtud. Para estos que fueron sus malos aprendices, sus brujillos de cámara, sus alevines ambiciosos, el tiempo es un enemigo. Lo han dejado perder en una labor lenta de discusión y de componendas; han dejado pasar el momento en que todo el mundo aceptaba el cambio, aunque algunos lo hicieran a regañadientes, y ya no lo tienen. El tiempo vuelve a sus antiguos dueños. Y los asustadizos nuevos ricos de la democracia, temerosos de que vengan los viejos salteadores de caminos, no saben defenderse: siguen discutiendo en sí los hocicos y las orejas que apuntan por el horizonte son de galgos o de podencos. Corren horrorizados cuando

se oyen los disparos y se ciernen las amenazas, y el día en que los asesinos matan policías y los policías de la Asociación Profesional culpan a los partidos y al Gobierno, los senadores aprueban velozmente, y de una tacada, 16 artículos del proyecto de Constitución; para volverse a parar después en sus pequeños escollos o para meter en el gran saco las propuestas conservadoras de los senadores reales. Que no se abstienen de representar un eco de exabrupto a las críticas contra el Parlamento y este escaso sistema que se va sosteniendo. Como el duque de Primo de Rivera, que acusa a fragmentos de la Constitución de "cierta mala educación e indignificación", acusación que podría volverse contra algunas de sus palabras, que vienen aquí como ejemplo: "En la actual situación, con un insólito retorno a la Monarquía, una vuelta a los partidos políticos, una lejana tradición constitucional y una falta notable de identidad monárquica en el pueblo, dichos aspectos —las facultades y funciones del Rey— han de quedar claramente expresados". No le duele decir que con la cierta mala educación, e incluso indignificación, con que el texto trata estos temas, casi sería preferible y más honesto pedir que desapareciera la figura del Rey antes de que aparezca como un monigote encerrado en una jaula de oro. Con una lejana tradición golpista —la de su abuelo y homónimo el general Primo de Rivera, cuya dictadura quizá costó a la Monarquía la pérdida de su última defensa constitucional—, con una lejana tradición totalitaria —la de su tío, José An-

tonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española—, con la reciente tradición de un joven ducado heredado de estas tradiciones, don Miguel Primo de Rivera no es un senador elegido por el pueblo: es un senador designado por el Rey.

TODA esta algarabía, toda esta alharaca en el Senado y fuera de él, con el fondo de los disparos de los asesinos nunca hallados y nunca suficientemente identificados, es, repitámoslo, la consecuencia de una parálisis de gobierno de la que no nos podemos enorgullecer, por mucho inventario de cosas logradas que se nos haga, por muchos elogios a la serenidad del pueblo español, que lo recibe todo con una paciencia infinita, proverbial, de las de "Dios, qué buen vasallo —si hubiera buen señor—. ¿Qué mejor vasallaje, en este noble y antiguo sentido del poema, que el de unos senadores de la izquierda histórica o moderna que se limitan a abstenerse cuando se introduce en el texto constitucional que don Juan Carlos I es el "legítimo heredero de la dinastía histórica?". Todo finalmente se va digiriendo y aceptando. Y aquello que las componendas, los pactos, los arreglos y el miedo querían evitar sobre la base de la prudencia y el sosiego, va viniendo gracias a las componendas, el miedo y el sosiego.

EL miedo y el sosiego han terminado produciendo esta cosa desagradable y peligrosa que se llama "desencanto". Quizá estemos en vísperas de unos movimien-





El avance de la Constitución por los vericuetos del Senado le está imprimiendo un sentido cada vez más conservador, mientras desde la reacción se acusa al Gobierno, a los partidos y al propio régimen parlamentario.

Con una lejana tradición golpista, con una lejana tradición totalitaria, con la reciente tradición de un joven ducado heredado de estas tradiciones, don Miguel Primo de Rivera no es un senador elegido por el pueblo.

tos mentales, psicológicos del pueblo español que modifiquen la atonía que llamamos desencanto. Le están sacando de él las circunstancias que atañen a su vida diaria. La cesta de la compra, la enseñanza, el desempleo. No es exagerado suponer que, aunque el país sigue estando en una mayoría enorme dentro de las tendencias democráticas y aun izquierdistas, si confiamos en las estadísticas y en las auscultaciones de la opinión pública —y no siempre hay que confiar—, y como sin duda va a demostrarse en el referéndum que aprobará la Constitución —con todos sus defectos, se la ha convertido en la "frontera azul"—, una capitalización importante del juego del desencanto y el desencanto la está haciendo la extrema derecha. La izquierda democrática ha caído en la trampa de tener que defender "la situación", con todas sus imperfecciones, y al propio Suárez, y a la permanencia de la UCD en el poder; como la situación es insatisfactoria, su defensa hace perder credibilidad a los partidos de la izquierda. Mientras la derecha trata de monopolizar el desencanto y lo hace con una avidez inmensa, acaparando desde los asesinatos contra las Fuerzas de Orden Público hasta los accidentes de Metro y los robos de los descuideros, desde la situación



de la pesca española —torpemente tratada, y víctima también de la parsimonia y el estupor que producen los grandes problemas— hasta la cuestión del Sahara, desde el paro obrero a la escasez de agua en Benidorm, pasando por la oposición de los

comunistas franceses a la entrada de España en el Mercado Común.

QUIEN explica de qué proceden estos problemas y quiénes estaban en el poder cuando se produjeron? ¿Quién dice aquí que España no entró en el Mercado Común cuando debía, cuando lo hicieron otros países y en igualdad de condiciones, porque entonces había en España un régimen anti-democrático y porque todavía conservaba el mito de la economía autárquica? ¿Quién explica que el turismo se desmorona por falta de infraestructura cuando las ciudades-monstruo se construyeron por las especulaciones de terreno de los favoritos del régimen? ¿Quién explica por qué artificios se mantuvo la economía en este país y en beneficio de quién, y bajo cuáles Gobiernos tuvieron que emigrar de España millones y millones de trabajadores que ya no encontraban trabajo o lo encontraban con salarios de miseria? ¿Quién cuenta que esos salarios de miseria hicieron el florecimiento de enormes industrias y que la represión de las huelgas de quienes protestaban por los salarios de hambre trajo aquí el capital multinacional del que se beneficiaron los mismos favoritos? Todo este presente que tenemos no lo tenemos por una democracia que no existe, sino porque no existió a tiempo; y no se mejora, no se sale adelante, no por culpa de la democracia, sino por culpa de una no democracia, de una incapacidad de despegar los pies del lodo antiguo en el que toda esta maleza creció. La paradoja es que ahora se pueda estar beneficiando la misma derecha que lo produjo y lo provocó, mientras en el Senado se discute si el Rey debe tener bajo su patronazgo las Reales Academias o si debe "velar por la conservación y fortalecimiento de los vínculos espirituales y de especial convivencia entre España y las naciones de su comunidad histórica"; mientras se nos pretende escamotear el pluralismo político por vías gramaticales...

LA tormenta política y criminal de los últimos días de agosto es un prelude de los grandes ataques, de las grandes ofensivas de septiembre. No se las puede contestar con notas o con retórica, ni es cuestión de unas sanciones o de unos expedientes. Lo que necesita el país, y ya se le está yendo el tiempo al Gobierno y a quienes le apoyan, es una reforma rápida y verdadera, una reforma a fondo de la estructura de la sociedad española, que no cabe ya en los moldes antiguos y férreos, y que está desbordando incluso los ambages de la Constitución aún no hecha, sino una actuación rápida y directa. Si el consenso ha de servir de algo, que no sea para una actitud defensiva, retráida y asustada, sino para abordar los problemas con toda la claridad y la profundidad que hace falta. ■